

Alerce

Año 8, N° 69, mayo de 2020. Director: David Hevia

Héctor Flores, voz del verso en el maestro normalista

“Viví toda mi infancia en la calle Negrete, a finales de la Segunda Guerra Mundial, años duros en los que había mucha pobreza y los chiquillos andábamos a *pata pelá*”, recordó el poeta Héctor Flores Donoso (1936-2020) en una entrevista con la Municipalidad de San Fernando. Y es que el recién fallecido maestro de maestros creció en tiempos en que los niños solo cursaban la enseñanza básica y debían empezar a trabajar, aunque él, a fuerza de tenacidad, logró titularse de profesor normalista en 1956. “Fue determinante ser testigo de la pobreza y ver la diferencia entre los que arañaban para poder llevar el pan a su casa y los que tenían y les sobraba”, apuntó, al explicar su temprana militancia comunista y el compromiso de lucha que le valió estar preso durante la dictadura militar. Incansable promotor de las artes en sindicatos, juntas de vecinos, escuelas y ferias, fundó el Centro de Extensión Cultural Pablo Neruda y dio vida a un sinnúmero de talleres literarios. Hoy nos deja una lección de vida y un legado poético que incluye, entre otros, estos poemas:

Mi decir

Hay que juntar las palabras
y exigirles que hablen.

No me sirve el silencio;
el silencio se seca en mi vaso
cuando estás.

Son tiempos gastados
que vienen y se sacuden

delante del desconcierto
en que estoy enredando
todo este desconsuelo.

Para tu vereda
yo tengo el eco inconfesable
de estos pasos.

Persiguió tantas lunas
la sombra de mi sombra;
en esa ventana se apagó la semilla
de cuántas estrellas
que aprendí a silabear en tus ojos.

No es posible
mirarle la luz a este día
si yo no hablo el idioma
que aprendí
en la ternura de tus manos.

Embriaguez

En el espejo
de los pasos primeros
casi siempre hay una copa colmada
inaugurando desconciertos en la sangre.

No hay recodos para olvidar
la primera borrachera,
la que no alcanza
para desarmar la ingenuidad
que te hace hombre entre comillas.

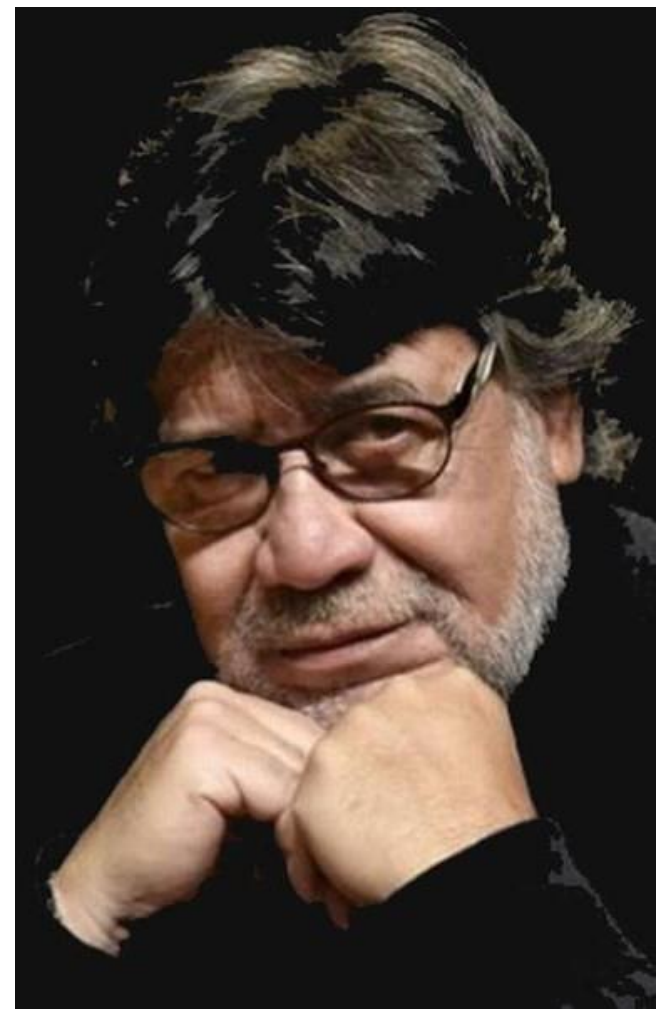
Dolorosas espuelas del vino
forzando galopes sin sentido,
encumbrándonos la risa inexplicable,
hasta cuajarla en llanto desconsolado,
ese que traíamos de la infancia.

Llanto carcajada, carcajada llanto
ardiendo en la llamarada azul
que habita en el fondo de los vasos.

Desafiados por la fragante
incertidumbre de los caminos,
aún iremos liberando los demonios
que nos esperan en el fondo de las botellas.

El mundo se arregla cada día
en la mesa fraterna del vino,
y ya no será necesario
regresar al desconsuelo
que nos tatuó la primera borrachera.

Ahora iremos riendo y llorando sin motivo por
las calles
embriagados por los fuegos de esos vinos
que guardamos en el alma.



Luis Sepúlveda: “¿Te imaginas, Pablo...?”

¿Te imaginas Pablo, qué habría pasado si en 1939 los chilenos hubieran obedecido las consignas derechistas que clamaban por dejar que los españoles del Winnipeg se ahogaran en el mar?

¿Te imaginas Pablo, qué habría pasado si ese pueblo chileno no hubiera alzado la voz diciendo que vengan, son víctimas de un drama humanitario, que vengan?

¿Te imaginas Pablo, a esos 2200 refugiados españoles que zarparon en el Winnipeg, desde Trompeloup con destino a Valparaíso, a la deriva en el mar cruel de los naufragios?

¿Te imaginas Pablo, un barco fantasma tripulado por 2202 cadáveres, porque dos refugiados nacieron durante el viaje del Winnipeg a Chile?

¿Te imaginas Pablo, al puerto de Valparaíso vacío, sin esos cincuenta mil chilenos y chilenas que acudieron a recibir al Winnipeg y dijeron ellos son nuestros hermanos y no van a refugios, van a nuestras casas?

Ese barco fletado por ti, Pablo, empeñando hasta la camisa para pagarlo, que todavía navega en la memoria de algunos, por cierto muy pocos, fue y es la demostración de un pueblo decidido a saltarse las leyes si es necesario, para cumplir con el deber elemental y puro de la solidaridad.

¿Te imaginas Pablo, Pablo Neruda, hermano mayor de la palabra Compañero, qué hermosa sería la vida si el espíritu del Winnipeg ardiera de Humanidad en estos días?

Luis Sepúlveda. 4 de septiembre de 2015.



Yolanda Lagos Garay (1928-2020)

Musitación

El viento no traerá guadañas esta noche,
dijo un árbol:
-Dormid, hojas mías.
Mañana en el estío
se tenderán los hombres a mi sombra.
Mañana en la noche
tal vez el viento venga a sembrarnos soledades.
Pero mi copa enhiesta
quedará descifrando las estrellas.

Simplemente

Sostengo mutaciones con las horas del día,
sostengo mi palabra sobre un arco inconcluso.
Voy y vengo afanada entre anatemas,
entre el palpitante corazón de la vida
soy una gota de tiempo.
Un grano de soledad en el desierto.

Impromptu

Soy una antigua joven
amiga consecuenta de la vida
y se escapa veloz cual gacela.
Y tu amor tan antiguo como el mío
se volvió lirio azul
tierno quebranto
que sólo pudo interrumpir la muerte.
Si me encontraras de nuevo qué dirías
amoroso pífano.
Qué dirías si de nuevo tus manos me enlazaran
sola en la inmensidad de la penumbra.
Si regresaras a esta morada
y me vieras alejada del urbe

desatada en el tiempo
de pie frente a una momia
en el umbral del vacío.
Y una melodía de amor convertida
en tristeza,
estoy segura que me llevarías.

Permanezco

Permanezco en el lugar de todas las ausencias,
en espera de ese alguien que se asoma y se aleja,
en medio del placer y la agonía.

Aunque nadie me entregue su señera esperanza,
permanezco.

Entre los copiosos días
y los desesperados arrepentimientos,
en las turbulentas precipitaciones
y los grandes olvidos,
aunque la muerte calcine lo querido,
permanezco.

Con violines trizando caracoles,
entre brumas, orillas y naufragios,
sumida en el delirio de encontrar lo imposible,
permanezco.

Y me admiro de que un espejo me recoja entera.

NARRATIVA

Contra la estampida

Tenía cáncer, lo sabía hacía una semana.
No era que se diera por vencida, pero
quería hacer una pausa, darse permiso para no ser
racional, hacer justo lo que no debía.

Había puesto en la maleta ropa, que
quizás después de ese viaje, no usaría más, era su
viaje al fin del mundo, el de
su propio mundo.

En el taxi leyó al
descuido la portada del
diario que insinuaba la
proximidad de la pandemia.

Lo dejó y fijó su
atención en la calle, los
últimos meses habían
dejado huella en los muros,
una primera ola que había
remecido la ciudad desde la
movilización de la gente, la
ola que venía era invisible
pero la sentía en la piel.

El aeropuerto estaba
medio vacío, el vuelo lo
habían pasado a un avión
más pequeño y sintió el
miedo de siempre en el
estómago.

Sin embargo no era
momento de cobardías, se
sentía como un animal que
corre en sentido contrario en
una estampida, y así y todo
quería hacerlo.

Él estaba ahí parado
en el hall con su maleta, esa
complicidad íntima en este
momento de locura.

Mientras todos
pasaban cubiertos con
mascarillas se besaron como
siempre. Ella sabía que era
el último viaje.

Se lo merecía, ni por buena ni por ningún
mérito, solo porque quería seguir viva, viva a su
manera hasta el final.

Las turbulencias parecían eternas, él,
cariñoso, trataba de calmarla, continuaron incluso
cuando la ciudad ya se veía por la ventanilla.

La gente caminaba relajada por el borde
de la playa, salieron del hotel y se dirigieron al
mar de inmediato, con esa urgencia que se había
instalado en todo.

Al caer la noche se quedaron ahí sentados,
con la ilusión de que nada podía perturbarlos.
Hacer el viaje era también hacer la romería
habitual por lo lugares de rigor, pasaron ese
primer día tomando fotos, sonriendo, jugando a
la normalidad.

Al atardecer como en cuento de hadas y
brujas un vendedor les comento que cerrarían las
playas al día siguiente.

Había querido estar con él en algún lugar
que tuviera aún aroma a vida, así al día siguiente
fueron a una playa aislada.

El mar, las sonrisas, una caricia en el pelo
de él y había valido la pena.

En el celular entra un mensaje de la línea
aérea, anticipan el vuelo de vuelta, así sin más en
tres días, acepta, llena el formulario y vuelven a
la ciudad, ahí ya la gente no es la misma.

Esta vez el paraíso no es suficiente
escudo, no hay blindaje.

Comen en uno de los pocos lugares que siguen
abiertos, ella mira sus ojos y sabe que la vida es
hermosa, aún en medio de todo.

Los vendedores pasan y los turistas ya no
compran recuerdos, el miedo a no tener futuro.

La última noche se sientan en un lugar
frente a la playa, los dos sienten la presencia del
otro, ella sabe que hace años que no tendría vida
sin él, simple y directo.

Como una película que se rebobina
vuelven al aeropuerto, esta vez está casi vacío,
salvo por un grupo que protesta, porque no tiene
vuelo para dejar el paraíso y volver a su país.

Por primera vez ella ve el riesgo, más
bien ve que para él no es justo quedar en el
limbo, que él merece ver los capítulos siguientes
y que para eso tienen que volver.

El aeropuerto fantasma se los va tragando,
llegan a una puerta de embarque en que se
agolpan los únicos viajeros de ese día, pasan las
horas y el vuelo se atrasa.

A ella le parece que es tarde para pedirle
perdón por llevarlo al borde de la nada.

Llega un grupo grande de pilotos y azafatas,
muchos más que los necesarios para ese vuelo,
embarcan con ellos, van de pasajeros, el capitán
saluda, informa que es el último vuelo que saldrá,
ahí quedan como aves gigantes los aviones
abandonados.

Ellos se abrazan, se besan, ella llora y
descubre que tiene ganas de seguir, de pasar por
esto y seguir con él el resto de su vida aunque eso
no sabe cuánto
será.

Quedan cuatro horas para llegar a
Santiago y a lo que llaman realidad.

Paulina Correa

